

El regimiento llamado de Independencia tenía por coronel á D. Pedro María Anaya, de teniente coronel, á D. Vicente García Torres y entre los oficiales se contaban D. Mariano Otero que había encabezado la oposicion en las cámaras, D. José María Lafragua y algunas otras personas que ya entónces tenían bastante representacion é influjo; y como ya era un acuerdo general procurar la caída del vice-presidente Gómez Farías, aprovecharon la ocasion dada por él mismo de haber procurado malamente la disolucion de aquellos cuerpos, que eran considerados como el dique para los desmanes del gobierno.

Al reunirse este cuerpo la tarde del dia 22 de Febrero de 1847 en el edificio de la Universidad que le servia de cuartel, lo hallaron ocupado por otra fuerza de guardia nacional de las adictas al gobierno del vice-presidente y la cual impedía que salieran los individuos que una vez habían entrado. Esta noticia que pronto se difundió por la ciudad, hizo que los soldados del regimiento de Independencia se reunieran en el edificio del antiguo coliseo, y que los de los otros cuerpos denominados Polkos, ocurrieran tambien á sus cuarteles, porque toda la ciudad se puso en movimiento.

En esos momentos de agitacion tuvo una conferencia con el vice-presidente D. Pedro María Anaya, en la cual acordaron que el regimiento de Independencia no se disolveria, pero que saldria de la capital, quedando entretanto acuartelado en el Hospital de Terceros á donde deberia trasladarse miéntras se verificaba su salida.

Al hacer este cuerpo su traslacion al edificio que se le destinaba fué acompañado de multitud de gente que no cesaba de gritar por las calles «mueran los puros, muera D. Valentín Gómez Farías.» Con esto creció mas la fermentacion revolucionaria que ya existia, y muchos opinaban porque se consumara el pronunciamiento aunque no

tenia acordado un plan ni sabia á que fin debían dirigirse aquellas operaciones de rebelion; y otras personas mas prudentes trataban de calmar aquella exaltacion que por no dirigirse á un fin determinado y mediante un plan conveniente, se temia que no diera mas resultados que causar un escándalo mas y aumentar los muchos males con que se hallaba agoviada la nacion. Pero por prudentes que fueran estas voces no era fácil que se les diera oido en medio de aquella confusa griteria: así es, que sin saber ni como ni por que camino, se iba llegando á un pronunciamiento en el cuartel del regimiento de Independencia; y á su ejemplo se dirigian tambien hácia el mismo fin los batallones de Bravos y Zapadores reunidos en S. Fernando y dirigidos por D. Manuel Payno que era mayor del primero; el batallon de artillería denominado Mina, que se hallaba en S. Diego teniendo á su cabeza á su gefe D. Lucas Balderas; y los batallones de Hidalgo y Victoria, el primero en la casa de Iturbide y el segundo en la Profesa. Todos estos cuerpos que tenían un total de fuerza como de 3,200 hombres se ocuparon en la noche de tomar algunas alturas, y en la madrugada anunciaron al toque de diana con un repique general en todas las iglesias, que habían por fin consumado el movimiento que debia derrocar la administracion de Gómez Farías, que tanto disgusto habia causado en toda la sociedad. Este general descontento y las medidas injustas é impolíticas del vice-presidente Gómez Farías y del partido rojo que lo rodeaba habían ocasionado aquel movimiento revolucionario; el cual no puede recordarse sin gran sentimiento, porque el mismo dia que la capital presenciaba ese alzamiento, que por sus ningunas consecuencias favorables, no pasó de ser un motin, el cañon extranjero tronaba en el campo de la Angostura, y despues de inundarse aquel campo de batalla de mucha sangre mexicana, las águilas

nacionales tenían que replegar sus alas y retirarse con su frente abatida.

El día 23 de Febrero la capital de México se hallaba en plena guerra civil: mas de 3,000 hombres pronunciados luchaban para derrocar á un gobierno que contaba con igual número de fuerza para su defensa; y cuando ya se estaba derramando sangre y haciéndose el sacrificio de la vida de muchos hijos de México, aun no sabian los pronunciados cual era el plan que habia de dirigir sus operaciones, ni siquiera habia una persona que encabezara y diera direccion á aquel movimiento. Hasta el día siguiente, apareció un plan bastante confuso por su multitud de artículos; pero que dejaba entrever no solo el deseo de acabar con la administracion de Gómez Farías y garantizar los bienes eclesiásticos del peligro con que los amenazaba la ley de manos muertas, sino que aparecian tambien las tendencias monárquicas manifestadas en la administracion del general Paredes.

La manifestacion de esta idea fué el mayor escollo con que tropezó ese movimiento revolucionario: porque muchos de los que en él habian tomado parte, se desalentaron con la aparicion de ese pensamiento que no estaba de conformidad con sus convicciones; y aunque no abandonaron el campo en que se habian filiado, se dejó sin embargo de obrar con la energía que hubiera sido necesaria para tener un pronto desenlace.

El gobierno tambien manifestaba desaliento é indecision en sus operaciones, porque aunque tenia alguna fuerza para su defensa, bien conocia que el desagrado general que habia merecido su gobierno no le daba el apoyo de la opinion pública; y de esta manera se prolongó aquella situacion hasta el 21 de Marzo en que el general Santa Anna llegó á la villa de Guadalupe llamado con instancia por muchas personas de la capital para que pusiera

término á aquella situacion afflictiva como en efecto lo hizo tomando posesion de la presidencia con lo cual se dió fin á aquella revolucion que duró un mes sin salir de los muros de la capital y sin causar otro efecto que el de algunas desgracias individuales y el escándalo de presentar al mundo el espectáculo repugnante de un combate fratricida, en los mismos momentos en que por todas partes se hallaba la patria inundada de enemigos extrangeros.

Mientras en México pasaban los hechos que acabamos de referir, el enemigo extrangero triunfaba en la Angostura, en el Sacramento, se apoderaba del Nuevo-México y la Alta California; y al mismo tiempo se presentaban sus buques de guerra al frente de Veracruz en principios de Febrero de 1847. Desde luego, tanto el ayuntamiento como todos los habitantes de la ciudad hicieron esfuerzos heróicos para poner la plaza en estado de defensa.

No siendo sin embargo bastantes los elementos que Veracruz podía tener por sí misma para resistir el choque mas fuerte y mas rudo del enemigo extrangero, volvió sus ojos á la capital de la República implorando su proteccion; pero en aquellos días de amargura un delirio se habia apoderado de los mexicanos: junto con el estallido del cañon extrangero se oia el grito de guerra fratricida.

El día 4 de Marzo se recibió en Veracruz la desconsoladora noticia del pronunciamiento que en aquellos momentos tan solemnes tenía ocupada la atencion del gobierno general; y en aquella situacion tan terrible, Veracruz se resignó con su suerte y se portó de una manera digna del patriotismo que en esa ocasion debió ser el único sentimiento que fuera el lazo de union para todos los corazones mexicanos. En la noche de ese día se paseó por las calles de la ciudad una bandera blanca que simbolizaba la union de todos los habitantes para resistir la invasion extrangera; y con los melancólicos y armoniosos acents de

las músicas, se tocaba en todos los corazones la delicada fibra del entusiasmo para subir al altar del sacrificio, donde la patria exigía el holocausto de la sangre de sus hijos para salvar su honor, su dignidad y su existencia. Las autoridades de la plaza, resolvieron: que se trabajara con actividad en las obras de fortificación, de cuya dirección se encargó el distinguido patriota é ilustrado ingeniero D. Manuel Robles Pezuela, quien supo corresponder al delicado encargo que se le confiaba; y mandando cerrar las puertas de la ciudad, solo se dejó abierta la de la Merced por donde emigraban todas las familias que podían hacerlo para librarse de los estragos y horrores de la guerra. Con esta emigración, la ciudad tomaba á cada momento el aspecto severo y sombrío de una ciudad solitaria sobre cuyo cielo se ciernen las nubes tempestuosas que anuncian una borrascosa catástrofe; pero á pesar de esto la fortificación se continuaba con una constancia inalterable; y las pocas tropas con que se contaba para la defensa se manifestaban entusiastas, valientes y dignas para defender la plaza aunque sin municiones, sin los recursos pecuniarios bastantes, y se disponían á sucumbir luchando sin mas amparo que la justicia de la causa que defendían. ¡Qué grato es, en medio de una época sombría y llena de infortunios, recordar este y algunos otros actos heroicos de patriotismo, que si es verdad no bastaron para conjurar la tempestad que se desató contra México, sí pudieron poner á salvo la dignidad del nombre mexicano!

El día 9 de Marzo empezó el enemigo á desembarcar sus tropas en la playa de Coyado, sin que pudieran impedirlo los defensores de la plaza, por no tener fuerzas disponibles para maniobras extraordinarias fuera de los recintos fortificados; y con esa garantía el enemigo por agua y por tierra iba estrechando y haciendo cada día mas angustiosa la situación de la ciudad; y despues de haber

preparado de esta manera un formidable ataque; intimó rendición á la plaza en término de dos horas, la cual fué contestada enérgicamente, y en el mismo momento, las bombas que los morteros norte-americanos arrojaban sobre la ciudad dieron á conocer que había llegado la hora solemne del combate..... ¡Dios salve á la República!.... este fué el grito que el deseo de la libertad de la patria inspiró á los valientes defensores de la plaza.

Desde ese día comenzaron los horrores de una plaza bombardeada: el enemigo se proponía aniquilar la ciudad para vencer sin peligro; y sucediéndose los proyectiles unos á otros, casi no había un momento en que no reventara alguna bomba ocasionando incendios, destruyendo los edificios, esparciendo la muerte y multiplicando por todas partes las horrorosas escenas de sangre y desolación. Y en medio de aquella no interrumpida lluvia de granadas y de balas, mientras los ingenieros acuden por todas partes á cubrir la brecha abierta por las balas enemigas, y los valientes soldados se disputaban con entusiasmo el honor de pagar con su sangre un tributo á la justicia de la causa nacional, era horrible el espectáculo de la población: lo material de la ciudad causaba espanto porque no había una sola casa que no estuviera derrumbada ó que por lo ménos no hubiera sufrido algun deterioro: las calles se hallaban intransitables, así por los escombros como por el temor de que se desplomaran los balcones y la parte de edificios que quedaban en pié: por la noche la ciudad se hallaba sin alumbrado; y solo á los débiles rayos de la luz melancólica con que la luna alumbraba aquel cuadro de desolación y de desgracias, se veía á los padres de familia que en un momento fatal habían perdido sus casas, sus familias y su fortuna, algunos heridos abandonados sin alimento y sin curación porque los escasos elementos de los hospitales ya no bastaban para todos, muchos enfer-

mos á quienes la miseria y la desesperacion hacian abandonar el rincón que los abrigaba para irse arrastrando por las calles débiles y macilentos en busca de los auxilios de que carecian; el pueblo pobre y hambriento buscando en vano los víveres de que carecia la plaza; muchas mujeres que con el mas penetrante acento del dolor, pedian auxilio para los niños á quienes una bala destructora habia arrebatado á sus padres y dejándolos en la orfandad; y muchos niños que sin comprender sin embargo todo lo cruel de su suerte, solo cedian á la necesidad de la hambre y lloraban pidiendo pan que no se les daba porque no habia. En tan crítica situacion fué muy digna de elogio la conducta del ayuntamiento que ayudado de muchos vecinos, hacia cuantos esfuerzos eran posibles para aliviar la dura situacion de tantos desgraciados: tambien lo fué la del cónsul español D. Telésforo Gonzalez y Escalante cuya mano liberal y generosa abrió las puertas de su casa á cuantos ancianos, mujeres y niños pudo contener aliviándoles su infortunio con aquel bondadoso asilo en que se les prodigaban los alimentos necesarios, y la de un veterano del 8º regimiento, que no teniendo un dia sino una galleta que tomar como rancho la dió á unos niños que lloraban, y cuando el comandante del punto le daba en retribucion una moneda, él la rehusó diciendo: «mi gefe, yo tengo hijos en mi tierra, y me alegraria de saber que si lloran, alguno les da pan.»

El general Morales que mandaba en gefe en la plaza, veia que no habia otro medio de salir de aquella penosa situacion, que capitulando con el enemigo; pero no permitiéndole esto su delicadeza y el ardiente deseo que tenia de salvar la gloria nacional reunió una junta de guerra la noche del 26 de Marzo, para hacer dimision del mando del cual se encargó el general Landero.

En la madrugada del dia 27 salieron los cinco cónsules extranjeros que habia en la ciudad, acompañados del alcalde 2º del ayuntamiento, para solicitar en el campo enemigo el permiso de que salieran todas las personas neutrales en aquella guerra así como los ancianos, las mujeres y los niños; pero el general Scott como un bárbaro elemento para vencer mas fácilmente la heroica resolucion de los defensores de Veracruz, negó el permiso, diciendo que se mandaria hacer fuego sobre cualquiera que intentase salir antes de que la plaza se rindiera, y que si á las seis de la mañana no se habia rendido, romperia los fuegos de todas sus baterías sobre la ciudad; y esta noticia difundió el terror hasta el último grado.

Entonces, se lee en las Memorias de aquella guerra, se veian grupos de señoras de todas clases, que recorrían las calles despavoridas y sin aliento: su angustia se retrataba en el rostro; porque reinaba ese pavor que nace de la contemplacion del peligro pasado, cuando se espera otro nuevo. La madre arrastraba á sus tiernos hijos, buscando un asilo seguro, que una triste realidad le negaba: la jóven, guiando los pasos del trémulo anciano alzaba al cielo sus ojos anegados en lágrimas, implorando un refugio para salvar al autor de sus dias; y el niño, aterrorado con el espanto de su madre, apenas podia seguirla en su carrera. El peligro con todos sus horrores, una muerte segura y sin defensa engalanada con sus arreos de sangre, era el triste porvenir de una poblacion inerme. En medio de esta agonía pavorosa se acercaba la hora fatal; y la multitud aterrorida no tenia mas que una pregunta, un solo pensamiento, todos deseaban saber si eran las seis porque el reloj de la ciudad habia sido destruido por las bombas. De este terror participaban algunos de los neutrales, mientras otros, desesperados se presentaban en las fortificaciones para morir matando. Esa horrible sensa-